



Años salvajes

A*



Grajagan, Java, 1979.

William Finnegan

Años salvajes

Mi vida y el surf

Traducción de Eduardo Jordá

Libros del Asteroide 

Primera edición, 2016

Título original: *Barbarian Days: A Surfing Life*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 2015 by William Finnegan

© de la traducción, Eduardo Jordá, 2016

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Créditos de las fotografías:

Cubierta: © Erik Aeder / Getty Images

Pág. 12: © Mike Cordesius

Pág. 296: © joliphotos

Pág. 542: © Ken Seino

Pág. 572: © Scott Winer

El resto de fotografías son cortesía del autor.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-88-7

Depósito legal: B. 19.069-2016

Impreso por Liberdúplex S.L.U.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para Mollie

Se había enganchado tanto al arte de componer frases que casi había olvidado los años de salvajismo en que pensar era como soltar un furioso brochazo de pintura sobre una página.

EDWARD ST. AUBYN, *Leche materna*

Índice

Uno. Frente a Diamond Head	13
Dos. Huele el mar	87
Tres. El <i>shock</i> de lo nuevo	121
Cuatro. Disculpadme mientras beso el cielo	145
Cinco. La búsqueda	201
Seis. El país de la suerte	281
Siete. Elegir Etiopía	317
Ocho. Contra el abandono	371
Nueve. <i>Basso profundo</i>	467
Diez. Las montañas se hunden en el fondo del mar	543



Uno. Frente a Diamond Head

Honolulu, 1966-1967

Nunca se me había ocurrido considerarme un niño mimado, pero la escuela secundaria de Kaimuki fue una sorpresa terrible para mí. Acabábamos de llegar a Honolulu, yo estaba en octavo grado y la mayoría de mis nuevos compañeros de clase eran «drogadictos, esnifadores de pegamento y matones», o eso le escribí a un amigo que se había quedado en Los Ángeles. No era verdad. Sí lo era que los *haoles* (los blancos: yo formaba parte de ellos) eran una minoría diminuta y muy poco popular en Kaimuki. Los «nativos», como yo los llamaba, parecían tenernos una manía especial. Y eso era lo preocupante, porque muchos de los hawaianos eran inquietantemente grandotes para ser chicos de secundaria, y encima corría el rumor de que les gustaba pelearse. Los «orientales» —vuelvo a usar mi propia terminología— eran el grupo étnico más numeroso en la escuela. En aquellos primeros días yo no era capaz de diferenciar a los japoneses de los chinos o los coreanos: para mí todos eran orientales. Tampoco sabía nada de la existencia de otras tribus importantes, como los filipinos, los samoanos o los portugueses, que no entraban en la categoría de *haole*, ni mucho menos de los chicos que tenían orígenes étnicos mestizos. Incluso es probable que llegase a pensar que era hawaiano el grandullón del taller de

carpintería que desde el primer momento empezó a desarrollar un sádico interés en mí.

Llevaba unos lustrosos zapatos negros con la puntera afilada, pantalones pitillo y alegres camisas de flores. Un gran tupé de pelo muy rizado coronaba su cabeza y daba la impresión de haber estado afeitándose desde el mismo día en que nació. Casi nunca hablaba, y cuando lo hacía, usaba el *pidgin* local que yo no entendía. Era una especie de gánster juvenil que llevaba años repitiendo curso y que solo esperaba el momento de poder abandonar la escuela. Se llamaba Freitas —nunca llegué a saber su nombre de pila—, pero no parecía estar emparentado con el clan de los Freitas, una extensa familia que tenía muchos vástagos pendencieros y bravucones entre el alumnado de la escuela secundaria de Kaimuki. El Freitas de las punteras afiladas me estuvo estudiando sin ningún disimulo durante unos días, cosa que me fue poniendo cada vez más nervioso, y luego inició una serie de asaltos contra mi autocontrol, chocándose contra mi hombro, por ejemplo, cuando estaba concentrado cortando con la sierra mi caja de limpiabotas a medio terminar.

Yo estaba demasiado asustado para decir nada y él nunca me dirigía la palabra. Eso parecía formar parte de la diversión. Después adoptó un pasatiempo rudimentario pero ingenioso para entretenerse durante los largos periodos que pasábamos sentados en el aula donde dábamos las clases de carpintería. Se sentaba detrás de mí y, cada vez que el profesor se daba la vuelta, me golpeaba en la cabeza con un listón de madera. *Bonk... bonk... bonk...* Era un ritmo regular que siempre incluía una pausa lo bastante larga como para dejarme albergar la tenue esperanza de que no se repitieran los golpes. Yo no lograba entender que el profesor no oyera aquellos estruendosos golpes no autorizados. Eran lo suficientemente potentes como para llamar la atención de nuestros compañeros de clase, que parecían fascinados por el pequeño ritual de Freitas. Dentro de mi cabeza, por supuesto, los golpes sonaban como explosiones que

me sacudían los huesos. Freitas usaba un listón muy largo —de casi un metro y medio— y procuraba no golpear demasiado fuerte, lo que le permitía regocijarse con unos golpes que no me dejaban señal alguna, y que propinaba desde una distancia incomprensible, casi mediatibunda, que le procuraba, imagino, mucho más morbo a su actuación.

Me pregunto si mi reacción hubiera sido igual de pasiva que la de mis compañeros de haber elegido Freitas a algún otro alumno como objetivo. Probablemente sí. El profesor estaba absorto en su propio mundo, y su única preocupación eran las sierras de mesa. No hice nada por defenderme. Cuando acabé averiguando que Freitas no era hawaiano, debí de asumir que me merecía el acoso que sufría. Al fin y al cabo yo era flacucho, *haole* y no tenía amigos.

Años más tarde llegué a la conclusión de que mis padres me habían enviado a la escuela secundaria de Kaimuki por una confusión. Estábamos en 1966 y la enseñanza pública de California, sobre todo en los barrios de clase media donde nosotros vivíamos, era de las mejores del país. Las familias que conocíamos jamás se habían planteado enviar a sus hijos a colegios privados. Pero la enseñanza pública de Hawái era una cosa muy distinta: empobrecida por los recortes, y sin haber conseguido desprenderse de la tradición colonial de los misioneros, estaba a años luz de la media educativa americana.

De todos modos, eso era algo que no se percibía en las escuelas elementales a las que iban mis hermanos pequeños (Kevin tenía nueve años y Colleen, siete. Michael tenía tres años, y en los tiempos anteriores al sistema de guarderías públicas, mis padres no estaban obligados a escolarizarlo). Habíamos alquilado una casa en el extremo de un barrio próspero llamado Kahala, y la escuela elemental de Kahala era un oasis de enseñanza progresista que contaba con muy buena financiación. De no ser porque se permitía a los alumnos ir descalzos a clase —un rasgo, en nuestra opinión, de sorprendente permisividad tropical—, la

escuela elemental de Kahala podría haber estado en cualquier próspero vecindario de Santa Mónica. Sin embargo, resultaba muy elocuente que la escuela elemental de Kahala no tuviese una escuela secundaria, y ello se debía a que todas las familias de la zona que se lo podían permitir mandaban a sus hijos a los colegios privados de enseñanza secundaria que habían educado durante generaciones a la clase media de Honolulu (y del resto de Hawái), así como a los ricos.

Ajenos a todas estas cuestiones, mis padres me habían enviado a la escuela secundaria más cercana, en el barrio obrero de Kaimuki, que se hallaba en la parte posterior del cráter de Diamond Head, donde imaginaban que yo me dedicaba a aprender todo lo que debía aprenderse en octavo grado, cuando en realidad casi no podía hacer nada más que soportar los rigores del acoso escolar, la soledad y las peleas, al tiempo que aprendía a abrirme paso en el mundo interracial, después de haberme acostumbrado a vivir en los suburbios exclusivamente blancos de California. Incluso las clases parecían estructurarse en función de los orígenes raciales, al menos en cuanto a las cuestiones académicas. Los alumnos se distribuían por grupos en función de las calificaciones obtenidas, y estos grupos asistían juntos a cada asignatura. A mí me metieron en un grupo del nivel superior, y casi todos mis compañeros de clase eran chicas japonesas. No había hawaianos ni samoanos ni filipinos, y las clases, que eran remilgadas y facilonas, me aburrían de una forma que hasta entonces nunca había experimentado. El hecho de que para mis compañeros de curso yo no tuviera ninguna clase de existencia social no facilitaba en absoluto las cosas. Así que me pasaba las horas encogido en las filas traseras del aula, vigilando los árboles del exterior en busca de indicios que señalaran la fuerza y la dirección del viento, mientras dibujaba olas y tablas de surf.

Llevaba tres años surfeando cuando a mi padre le dieron el trabajo que nos llevó a Hawái. Hasta entonces había trabajado, casi siempre como ayudante de dirección, en algunas series de televisión, como *El doctor Kildare* o *El agente de C.I.P.O.L.* Ahora era el jefe de producción de una nueva serie, un espectáculo musical de variedades inspirado en un programa de radio, *Hawaii Calls*. La idea era poner a cantar a Don Ho en un barco con el fondo de cristal, colocar una banda de calipso junto a una cascada, sacar unas cuantas chicas hawaianas bailando mientras un volcán entraba en erupción, y decir que aquello era un programa musical. «No va a ser un concurso de talentos», me dijo mi padre, «pero casi».

—Si es malo de narices, fingiremos que no te conocemos —dijo mi madre—. ¿Cómo dice, Bill qué más?

El presupuesto no era muy alto, a juzgar por la casa diminuta que tuvimos que alquilar (Kevin y yo nos turnábamos durmiendo en el sofá) y el viejo Ford oxidado que compramos para movernos por la isla. La casa, sin embargo, estaba cerca de la playa, al final de un camino flanqueado por otras viviendas en una calle llamada Kulumanu, y el tiempo, que era caluroso incluso en enero, cuando llegamos, nos pareció un lujo decadente.

Me embargaba la emoción por estar en Hawái. Todos los surfistas y todos los lectores de revistas de surf —y yo me había aprendido de memoria cada párrafo y cada pie de foto de las revistas que tenía— se pasaban la mayor parte de su vida, les gustase o no, imaginando estar en Hawái. Y ahora yo estaba allí, pisando la arena de Hawái (gruesa y con un olor raro), saboreando el agua de mar de Hawái (tibia y con un olor raro) y remando hacia las olas hawaianas (pequeñas, de paredes oscuras y peinadas por el viento).

Nada era como me lo había imaginado. En las revistas las olas de Hawái siempre eran grandes, y, en las fotos, su color oscilaba entre un intenso azul océano y un turquesa pálido casi imposible. El viento era siempre terral (el que sopla de tierra, el

ideal para el surf), y las rompientes eran los campos elíseos de los dioses: Sunset Beach, Banzai Pipeline, Makaha, Ala Moana, la bahía de Waimea.

Sin embargo, todo eso parecía a varios mundos de distancia del mar que se veía frente a nuestra casa. Incluso Waikiki, conocido por sus rompientes para principiantes y por las aglomeraciones de turistas, estaba en el otro extremo de Diamond Head —en la glamurosa e icónica vertiente occidental—, igual que las restantes partes de Honolulu de las que todo el mundo había oído hablar. Pero nosotros estábamos en la ladera sudoriental de la montaña, al final de un collado umbrío que descendía en pendiente hacia el mar, al oeste de Black Point. La playa no era más que una estrecha franja de arena húmeda, siempre vacía.

La tarde de nuestra llegada, mientras hacía mi primera y frenética exploración del mar, descubrí que la rompiente era muy rara. Las olas rompían aquí y allá en el borde exterior de un arrecife musgoso casi a ras de agua. Me preocupaba el coral, que tenía fama de ser muy afilado. Entonces, a lo lejos, hacia el oeste, vi el acostumbrado minué de las siluetas que subían y bajaban, iluminadas al trasluz por el sol de la tarde. ¡Surfistas! Volví a subir corriendo por el camino. Dentro de casa todo el mundo estaba deshaciendo maletas y peleándose por las camas. Yo me puse las bermudas, cogí mi tabla y me largué sin decir nada.

Remé más de medio kilómetro hacia el oeste por una laguna poco profunda, manteniéndome muy cerca de la orilla. Se terminaron las casas de la playa y en su lugar apareció, frente a la arena, la falda boscosa y empinada de Diamond Head. Luego desapareció el arrecife que tenía a mi izquierda y dejó al descubierto un amplio canal de aguas mucho más profundas en las que no rompían las olas. Al otro lado del canal surgieron diez o doce surfistas que surfeaban un racimo de oscuras crestas que rompían a la altura del pecho, bajo un viento moderado procedente del mar. Fui remando despacio hacia el pico —la zona donde se cogen las olas—, pero usando una ruta indirecta

que me permitía estudiar cómo cogía las olas cada uno de ellos. Eran buenos. Tenían un estilo muy natural, sin florituras. Ninguno se cayó. Y ninguno, a Dios gracias, se dio cuenta de que yo estaba allí.

Giré y me metí en un tramo vacío del pico. Había muchas olas. Las bajadas se hacían con olas que se desmenuzaban, pero eran fáciles. Dejé que los músculos actuaran de memoria y pillé un par de olas pequeñas y fofas que rompían hacia la derecha. Eran distintas —aunque no mucho— de las que yo había conocido en California; poco fiables, pero no daban miedo. Se veía el coral del fondo, pero con la excepción de unos pocos salientes que asomaban hacia dentro (más cerca de la orilla), se hallaba a bastante profundidad.

Los demás surfistas charlaban y se reían. Les escuché, pero no conseguí entender una palabra. Probablemente hablaban en *pidgin*. Yo tenía noticias del *pidgin* porque había leído *Hawái*, de James Michener, pero como solo llevaba un día en la escuela secundaria de Kaimuki todavía no lo había escuchado hablar. O quizá estaban hablando una lengua extranjera. Yo era el único *haole* (otra palabra aprendida leyendo a Michener) que había en el agua. En un momento dado, un tipo mayor que yo pasó remando a mi lado e hizo un gesto señalando mar adentro. «Afue-
ra», dijo. Fue la única palabra que me dirigieron aquel día. Y el tipo tenía razón: por fuera se estaba acercando una serie, la más grande de aquella tarde. Agradecí que me hubieran avisado.

En cuanto se puso el sol empezó a disminuir el número de surfistas. Intenté ver hacia dónde iban. Casi todos parecían coger un sendero empinado que subía por la ladera hacia la carretera de Diamond Head. Llevaban las pálidas tablas sobre la cabeza y avanzaban a paso regular, con la quilla por delante, zigzagueando por las curvas. Pillé la última ola, la fui surfeando hasta llegar a las aguas poco profundas y empecé la larga travesía a remo a través de la laguna. Comenzaban a encenderse las primeras luces en las casas. El aire era más fresco y las sombras

tenían un matiz azul oscuro bajo las hojas de los cocoteros de la orilla. Yo estaba radiante de júbilo por mi buena suerte. Solo me faltaba tener a alguien a quien pudiera decirle: «Estoy en Hawái, estoy surfeando en Hawái». Y entonces se me ocurrió que ni siquiera sabía el nombre del lugar en el que había estado surfeando.

Se llamaba Cliffs. Era un mosaico de arrecifes con forma de arco que se extendían hacia el sur y el oeste, a lo largo de más de medio kilómetro, desde el canal por el que había empezado a remar. Cuando descubres un nuevo pico, un nuevo lugar para hacer surf, lo primero que haces es compararlo con otras rompientes, con todas las demás olas que has aprendido a leer con atención. Pero en aquella época mis archivos consistían únicamente en diez o quince picos de California, y de ellos solo había uno que yo conociera bien: un pico de gujarros en Ventura. Ninguna de estas experiencias me había preparado especialmente bien para Cliffs, donde ahora, tras esa sesión inicial, yo intentaba surfear dos veces al día.



Sendero al mar de la casa en Kulamanu, 1966.

Era un pico muy consistente, en el sentido de que casi siempre había olas que coger, incluso en la época que llegué a identificar como la temporada baja de la costa sur de Oahu. Los arrecifes de Diamond Head están en el extremo meridional de la isla, de modo que reciben todos los restos del mar de fondo que pasa por allí, pero también están muy expuestos al viento, incluso a las ráfagas repentinas que descienden por la ladera del cráter. Ese viento, junto con el vasto rompecabezas de los arrecifes y las marejadas que llegaban desde muchos puntos distintos de la brújula, se conjuraba para producir unas situaciones siempre cambiantes que, por una paradoja que no pude llegar a vislumbrar en su momento, suponían una tumultuosa refutación, hora tras hora, de la idea de regularidad. Cliffs poseía una caprichosa complejidad que superaba todo lo que yo conocía.

Las mañanas eran lo más complicado. Para surfear antes de ir a la escuela, tenía que estar allí antes del amanecer. Mi breve experiencia me indicaba que el mar tenía que estar muy liso a esas horas. En California, al menos, casi nunca hay viento tan temprano. Pero en los trópicos era distinto; y desde luego era distinto en Cliffs. Al salir el sol, los vientos alisios solían ser muy fuertes. Las hojas de palma entrechocaban en lo alto de mi cabeza mientras bajaba por el sendero, con la tabla encerada sobre la cabeza, y desde la orilla veía borregos de espuma en la parte de afuera, más allá del arrecife, derramándose, de este a oeste, sobre un océano de un imperial color azul. Se decía que los alisios soplaban en dirección nordeste, que en teoría no era una mala dirección para una costa expuesta al sur, pero de algún modo en Cliffs siempre soplaban de lado, y con la fuerza suficiente para arruinar casi todos los picos de aquel ángulo.

Y aun así, aquel lugar tenía una especie de huraña perdurabilidad que lo hacía surfable, al menos para mis propósitos, incluso en aquellas pésimas condiciones. Casi nadie más surfaba allí al amanecer, cosa que me permitía explorar a fondo el área de despegue. Aprendí a controlar las secciones engañosas, rápidas

y poco profundas, y los picos más suaves en los que hacía falta un rápido *cutback* para seguir en la ola. Incluso en los días de viento fuerte y olas hasta la cintura, era posible apurar algunas olas e improvisar un recorrido largo y satisfactorio. El arrecife tenía mil peculiaridades distintas, que cambiaban muy deprisa conforme a los movimientos de las mareas. Y cuando el canal interior empezaba a teñirse de un lechoso color turquesa —un color no muy distinto al de las fantásticas olas hawaianas que se veían en las revistas— eso significaba, tal como yo iría descubriendo más tarde, que el sol había alcanzado la altura que debía llevarme de vuelta a casa para el desayuno. Si la marea estaba muy baja y me era imposible remar en la laguna, aprendí a prever un regreso más lento caminando sobre la blanda y áspera arena, mientras hacía esfuerzos por mantener la punta de la tabla orientada hacia el viento.

Por las tardes las cosas eran muy distintas. El viento era más débil, el mar estaba menos revuelto y solía haber más gente surfeando. Al cabo de unas pocas sesiones ya pude reconocer a algunos surfistas. En los picos de California que yo conocía había muchas menos olas disponibles, una enorme competencia para hacerse con las mejores posiciones y una jerarquía que se respetaba escrupulosamente. Si uno era muy joven y no tenía aliados, como por ejemplo un hermano mayor, debía procurar no cruzarse jamás, aunque fuera sin querer, con los peces gordos de la zona. Pero en Cliffs había tanto espacio disponible y tantas olas que rompían hacia el oeste del pico principal —o quizá, si uno había estado atento, en un tramo interior que se había puesto en movimiento sin llamar mucho la atención—, que me sentí con total libertad para explorar los márgenes de la zona. Nadie se metía conmigo. Nadie me miraba mal. Era justo lo contrario de mi vida en la escuela.

En mi programa de orientación educativa figuraban las peleas a puñetazos, algunas de las cuales se establecían con arreglo a

un horario. Había un cementerio junto al campus de la escuela que tenía un claro de hierba muy bien escondido en un extremo, y allí era donde los chicos iban a dirimir sus diferencias. Un día me vi allí enfrentándome a varios chicos que se llamaban Freitas, aunque ninguno de ellos estaba emparentado con mi velludo acosador del taller de carpintería. El primer oponente que tuve era tan pequeño y tan joven que incluso llegué a pensar que no era de nuestra escuela. Por lo visto, el método de entrenamiento militar del clan de los Freitas consistía en buscar un idiota sin aliados conocidos o sin el caletre suficiente para evitar las peleas, y luego enviar al ring al miembro más joven con alguna posibilidad de ganar la batalla. Si perdía, entonces le tocaba el turno al siguiente Freitas en edad. Y el proceso continuaba hasta que el extraño era derrotado. Todo discurría sin apasionamiento. Los Freitas mayores programaban y arbitran las peleas, por lo general de una forma bastante justa.

Mi primera pelea tuvo muy poco público —en realidad no le interesaba a nadie—, pero yo estaba cagado de miedo, porque no tenía ningún conocido conmigo ni sabía cuáles eran las reglas. Mi adversario resultó ser asombrosamente fuerte para su edad, y encima tenía un carácter feroz, pero tenía los brazos tan cortos que no lograba alcanzarme con sus puñetazos, así que al final conseguí derrotarlo sin que ninguno de los dos sufriese mucho daño. Su primo, que ocupó inmediatamente su lugar, era casi de mi talla, así que el combate despertó más interés. Conseguí defenderme, pero los dos teníamos ya un ojo morado cuando uno de los Freitas mayores dio por finalizada la lucha con un empate. Habría una revancha, según dijo, y añadió, sin dejar lugar a preguntas de ninguna clase, que si yo la ganaba, alguien llamado Tino aparecería y me partiría el culo. Después los Freitas se fueron. Recuerdo haberlos visto corretear, riéndose desinhibidos como una milicia unifamiliar, mientras ascendían por la larga pendiente del cementerio. Estaba claro que llegaban tarde a otra cita. Me dolía la cara, me dolían los

nudillos, pero estaba mareado de alivio. Luego vi a un par de chavales *haole* de mi edad ocultos entre los matorrales, al final del calvero. Me estaban mirando como si fueran ardillas. Me pareció reconocerlos de la escuela, pero se largaron sin decir palabra.

Creo recordar que gané la revancha. Y luego Tino me partió la cara, y nada de preguntas.

Hubo más peleas, incluida una que duró varios días con un chino de la clase de agricultura, que se negó a rendirse incluso cuando logré meterle la cara en el barro rojizo del huerto de lechugas. Esa violenta refriega se prolongó durante una semana. Se reiniciaba todas las tardes y nunca tuvo un ganador claro. Los demás niños de la clase, que disfrutaban con el espectáculo, se ocupaban de que el profesor no nos sorprendiera si acertaba a pasar por allí.

No sé qué pensarían mis padres. Cortes, moratones, ojos morados, todo eso se podía explicar con el fútbol americano, el surf, cualquier cosa. Un palpito que ahora, con el paso del tiempo, me parece acertado me dice que ellos no podían ayudarme de ninguna manera, así que yo no les contaba nada.

Una pandilla de racistas vino en mi ayuda. Se hacían llamar la Gente Guapa. Eran *haoles*, y a pesar de su ridículo nombre, eran desastrosamente malos. El jefe era un chico jovial, disoluto, con la voz cascada y los dientes rotos, que se llamaba Mike. No tenía una gran corpulencia, pero se movía por la escuela con una temeraria bravuconería que intimidaba a todo el mundo, con la excepción de los samoanos más grandotes. El verdadero hogar de Mike, según se supo más tarde, era un centro de detención de menores que estaba por algún sitio: la asistencia a la escuela era tan solo un permiso al que quería sacarle el máximo partido. Tenía una hermana menor, Edie, que era rubia, y flaca y salvaje, y su casa de Kaimuki era la sede social de la Gente Guapa. En la escuela se reunían bajo un árbol de la lluvia, en una loma de tierra roja que se levantaba tras el

bungaló sin pintar donde yo daba clases de mecanografía. Mi admisión en el grupo no se ajustó a ningún protocolo. Mike y sus compinches simplemente me dijeron que podía juntarme con ellos bajo el árbol de la lluvia. Gracias a la Gente Guapa, donde había más chicas que chicos, fui entendiendo el contexto general, primero, y más tarde los detalles del mosaico racial de Hawái. Nuestros peores enemigos, según llegué a saber, eran los *mokes*, término que parecía referirse a cualquiera que fuera fuerte y tuviera la piel oscura.

—Tú ya te has zurrado con los *mokes* —me dijo Mike.

Me di cuenta de que era verdad.

Mi carrera pugilística se fue diluyendo. La gente descubrió que ahora formaba parte de la pandilla de los *haoles* y prefirió elegir a otros chavales. Incluso Freitas empezó a dejarme en paz en el taller de carpintería. Pero ¿de verdad se había olvidado de su listón de madera? Era difícil creer que se dejase intimidar por la Gente Guapa.

De forma discreta, yo me dedicaba a estudiar cómo surfeaban algunos de los habituales de Cliffs, los que parecían leer mejor las olas, los que encontraban las secciones más veloces, los que mejor movían las tablas en cada giro. Mi primera impresión se confirmó: nunca había visto a nadie que surfeara tan bien. Los movimientos de las manos estaban perfectamente sincronizados con los de los pies. Las rodillas se doblaban mucho más que en el surf que yo había visto, y las caderas se movían con mucha más soltura. No se solía surfear en la punta de la tabla, que era algo que estaba muy de moda en el continente y que exigía saber deslizarse, cada vez que se presentaba la oportunidad, hasta el extremo de la tabla, colocando los cinco o los diez dedos sobre la punta delantera para desafiar la física elemental del deslizamiento y la flotación. Por entonces no lo sabía, pero lo que estaba viendo era el estilo clásico de las islas. Desde el canal iba

tomando notas mentales y, sin ni siquiera darme cuenta, empecé a caminar mucho menos hacia la punta.

Unos pocos surfistas eran muy jóvenes, entre ellos un chico enjuto que caminaba muy erguido y que parecía tener la misma edad que yo. Se mantenía alejado del pico principal y prefería coger las olas más lejanas. Yo siempre estiraba el cuello para ver lo que hacía, y aunque las olas que elegía eran feas y pequeñas, enseguida me di cuenta de que era asombrosamente rápido y tenía muy buen equilibrio. Era el mejor surfista de mi edad que había visto en mi vida. Utilizaba una tabla inusualmente corta, ligera y con la punta afilada: una Wardy de color hueso y poliéster transparente. En una ocasión me pilló mirándole y se puso tan nervioso como yo mismo. Pasó remando furiosamente por delante de mí con gesto de enfado. A partir de ese momento intenté mantenerme lejos de él. Al día siguiente, sin embargo, hizo un gesto con la barbilla para saludarme. Deseé que no se notara lo feliz que me sentía. Y luego, unos días más tarde, me habló.

—*Más mejor* por aquel lado —dijo, apuntando con los ojos hacia el oeste mientras remontábamos una pequeña serie. Era una invitación a que fuese con él a uno de sus recónditos y despoblados picos. No hizo falta que me lo dijera dos veces.

Se llamaba Roddy Kaulukukui. Tenía trece años, igual que yo. «Tiene la piel tan oscura que parece un negro», le escribí a un amigo. Roddy y yo nos fuimos intercambiando olas, al principio con cautela, y después casi sin ella. Yo sabía pillar las olas tan bien como él, cosa muy importante, y estaba empezando a familiarizarme con el pico, que se fue convirtiendo en una especie de empeño compartido. Ya que éramos los dos surfistas más jóvenes de Cliffs, estábamos destinados, aunque no fuésemos del todo conscientes de ello, a convertirnos en colegas. Pero Roddy no se presentó solo. Tenía dos hermanos y una especie de tercer hermano honorario, un japonés llamado Ford Takara. El hermano mayor de Roddy, Glenn, era una autoridad en el pico. Glenn y Ford salían a surfear todos los días. Solo eran un año

mayores que nosotros, pero los dos podían competir en las olas principales con cualquiera de los mejores. Glenn en particular era un surfista soberbio, con un estilo que resultaba muy fluido y vistoso. El padre, que también se llamaba Glenn, era asimismo surfista, igual que el hermano menor, John, que todavía era demasiado joven para internarse en Cliffs.

Roddy empezó a informarme sobre los demás chicos. Me contó que el tío gordo que aparecía los días de mejores olas, el que las cogía en el pico exterior y bajaba tan bien que todos nosotros dejábamos de surfear para observar cómo lo hacía, era Ben Apia. (Años más tarde, las fotos y las historias de Ben Apia empezaron a llenar las revistas de surf.) El chino que se presentó en el mejor día que había visto yo en Cliffs hasta entonces —un mar de fondo constante del sur que llegó fuera de temporada en una tarde nublada y sin viento— era Leslie Wong. Tenía un estilo tan elegante que solo surfeaba en Cliffs cuando las condiciones eran inmejorables. Wong cogió la mejor ola del día, con la espalda ligeramente arqueada hacia atrás y los brazos muy relajados, logrando que lo difícil —no, tío, no, lo *extático*— pareciera muy fácil. De mayor yo quería ser como Leslie Wong. Entre los habituales de Cliffs fui descubriendo poco a poco quién solía desperdiciar una ola —al no poder cogerla a tiempo o al caerse— y cómo yo podía coger esa misma ola de forma discreta sin demostrar falta de respeto hacia nadie. Aunque fuera un grupo bastante educado, era importante no darse humos.

Mi surfista favorito era Glenn Kaulukukui. Desde el momento que pillaba una ola y se agachaba como un gato sobre la tabla, no podía dejar de observar la trayectoria que tomaba, la velocidad que conseguía alcanzar y las improvisaciones que se iba inventando. Tenía una cabeza muy grande que siempre parecía un poco echada hacia atrás, y el pelo muy largo, blanqueado por el sol hasta alcanzar un tono cobrizo, y también peinado hacia atrás. Tenía los labios gruesos, a la manera africana, los

hombros muy negros y se movía con una inusual elegancia. Pero había algo más —llamémoslo ingenio o ironía— que completaba la belleza y la confianza en sí mismo que desprendía su físico, algo de naturaleza agridulce que le permitía aparentar, en casi todas las situaciones salvo en las extremadamente complicadas, que estaba actuando con la mayor concentración y, al mismo tiempo, riéndose en silencio de sí mismo.

También se reía de mí, aunque sin mala intención. Cuando yo salía de la ola a lo loco e intentaba hacer una virguería al final, girando de forma muy poco elegante hasta quedarme junto a él en el canal, Glenn decía: «Venga, Bill, dale fuerte». Hasta yo sabía que era una frase hecha muy habitual en *pidgin*, una forma de darme ánimos, pero también una sutil variante de la sátira. Se burlaba de mí al mismo tiempo que me animaba. Empezamos a remar juntos hacia fuera. Cuando ya casi habíamos llegado, vimos a Ford pillar una serie desde el interior del pico y trazar una línea muy astuta para sortear las secciones más difíciles. «Vaya con Ford», murmuró Glenn con respeto, «¿has visto eso?» Y entonces empezó a adelantarme rumbo al pico.

Una tarde Roddy me preguntó dónde vivía. Le señalé hacia el este, en dirección a la cala sombreada de Black Point. Se lo dijo a Glenn y a Ford, y luego volvió con expresión azorada. Tenía que pedirme algo: ¿podrían dejar sus tablas en mi casa? Agradecí que me acompañaran remando hasta la orilla, que estaba muy lejos. En nuestra casa había un patio diminuto rodeado por un alto y tupido bosquecillo de bambú que lo ocultaba de la calle. Dejamos las tablas apoyadas contra el bambú y nos lavamos en la oscuridad con la manguera del jardín. Luego ellos tres se fueron. No llevaban nada más que las bermudas y chorreaban agua, pero estaban felices de poder irse hasta el lejano barrio de Kaimuki sin tener que cargar con las tablas.